



George Orwell

Vagabundo en París y Londres

menoscuarto



GEORGE ORWELL, *Vagabundo en París y Londres*, edición y traducción de Carlos Villar Flor, Menoscuarto, Palencia, 2010, 304 pp. ISBN 978-84-96674-59-9. (*Down and out in Paris and London*, 1933).

BRUCE BÉGOUT, *Sobre la decencia común*, traducción de Elisenda Julibert, Ediciones Marbot, Barcelona, 2010, 141 pp. ISBN 978-84-92728-08-4. (*De la décence ordinaire*, 2008).

R. L. Stevenson mencionó en una ocasión a su editor S. Colvin: “creo en la decencia última de todas las cosas”. Podemos hallar una lectura de las obras de Orwell que emana el sentido de esta afirmación en el ensayo de Bruce Bégout *Sobre la decencia común*. Este escritor, nacido en Talence, ha debido tener en cuenta ese insoslayable alegato de Stevenson. En ocasiones pensamos que los clásicos de la literatura universal nos proporcionan un modo de ver el mundo al que todos podemos acceder, bien comprendido completamente lo que han querido expresar, o bien, al menos, hallando lo esencial de sus lecciones. Los autores clásicos nos dan a ver algo que, característicamente, nos permite situarlos entre todo a lo que atribuimos relevancia. Sentimos su influencia en aquellos momentos en que más expuestos estamos al sufrimiento ocasionado por el conflicto que mantiene lo que conocemos con lo que desconocemos. Muchos dirían que la lectura de *Vagabundo en París y Londres* (*Down and out in Paris and London*, 1933) nos evoca algo que en absoluto sigue esto a lo que aludimos, por ser todavía una novela prematura de Orwell. Aquí apostaremos por lo contrario, advirtiéndolo desde el punto de vista de la *common decency*.

Sobre la decencia común está dedicado a ese concepto central del pensamiento político de Orwell desarrollado en sus novelas y ensayos, ofreciendo una perspectiva de *Vagabundo en París y Londres* desde los “valores comunes de la gente sencilla”. El de Bégout es un libro que tiene especial relevancia para comprender la obra de Orwell como “relato documental” en el que, dando sus primeros pasos como novelista, el escritor británico comienza su indagación sobre lo que ha de fundar una política inspirada en principios “socialistas”, a los cuales él entiende siempre de un modo al que tendremos que volver. El pensamiento político de Orwell, a juicio de Bégout, ha de juzgarse desde la concepción moral que ofrece de “lo común”. Lo común es, sencillamente, lo que poseen las personas ordinarias. Orwell busca lo ordinario, lo corriente, para hallar en el tipo de experiencia que los humildes transmiten el criterio con el que mirar





al poder y la política. Lo común se fundamenta en el sentimiento que el pueblo tiene de lo justo y lo injusto, y Orwell lo convierte una cuestión política central.

Lo ordinario o corriente es lo único que para el novelista inglés no desaparece en un movimiento de autodestrucción. La visión política que pone el énfasis en la moralidad del hombre corriente, en la fidelidad que las personas corrientes se tienen a sí mismas, cree hallar la base de su propia práctica en tal ordinariedad a la que algunos estiman necesario desterrar si se quiere alcanzar un fin político y moral que no se contradiga.

En las obras de Orwell encontramos, como indica Bégout, que “la fantasía siempre se erige sobre el accidentado suelo de lo real” (*Sobre la decencia común*, p. 10). El “suelo de lo real” es el suelo de lo común, donde halla el fondo de la seguridad tomada en sí misma. Al relatar y dar voz al hombre corriente, trata de incluirlo como parte de lo que es digno de ser objeto del arte. Veamos ahora con más detalle lo que Bégout propone.

Para el escritor francés, no hay en el socialismo orwelliano una tendencia al populismo político, sino que por el contrario pretende proporcionar un “antídoto” contra él (*Sobre la decencia común*, p. 102). Orwell no aspira a establecer una teoría moral y política basada en el sentir espontáneo del pueblo, sino que rechaza a la *intelligentsia* que trata de superar teóricamente lo que puede proporcionar la experiencia vivida de lo cotidiano (*Sobre la decencia común*, cap. IV). Tampoco acepta que sea el sentimiento natural de honestidad lo que deba servir como fundamento a los intentos revolucionarios de transformar las instituciones. Aunque la moral que gira en torno a la *common decency* es correctiva frente a lo que el poder puede llegar a hacer cuando logra autonomizarse –por ejemplo, en la figura del totalitarismo–, no es, sin embargo, impositiva o coercitiva. Habiendo “leyes morales” fundadas en la gente corriente (*Sobre la decencia común*, p. 103), no por ello éstas han de servir como el criterio con el que prohibir las prácticas sociales concretas que resultan perjudiciales para la sociedad en general. Si bien es entendida como el sentimiento de apego al bien y de “repugnancia pre-verbal al mal”, es decir, como “la manera de vivir de las clases populares” (*Sobre la decencia común*, p. 80) que es digna de respeto por sí misma, la *common decency* es asimismo una forma de oposición política. La decencia común no es propia, pese a su nombre, de todo el mundo. Se halla, más bien, en los pobres y vagabundos, en su comportamiento poco irradiado por los principios básicos morales aceptados y hechos valer por quienes gobiernan y legislan en los Estados modernos. Esto es precisamente, como podrá verse, lo que hallamos en *Vagabundo en París y Londres*.

La decencia común es la cara opuesta de la “indecencia pública” (*Sobre la decencia común*, p. 20), la cual, por así decirlo, también vemos expresada en aquellos que procuran establecer principios morales válidos universalmente. Por esta razón, la *common decency* pertenece a las personas más sencillas, que no alcanzan si quiera a tener la preocupación de si sus actos son buenos o malos, sino que, por su baja condición social, se comportan de una manera tal que reconocemos en ellos un valor más alto que quienes piensan que actúan de acuerdo con lo que es moral y políticamente más apropiado. En la medida en que las clases superiores inhiben toda posibilidad de forjar una conducta conforme a la decencia, la política ha de estar también fundada de forma que permita el desarrollo de la potencialidad de la decencia. Como principio político rector, “la decencia debería conducir a la supresión de todos los factores sociales” (*Sobre la decencia común*, p. 80) que llevan al desprecio de los pobres, por cuanto indica, como “sentimiento natural”, cuáles son las cualidades morales que pueden hallarse en la vida corriente sobre las que ha de constituirse una sociedad justa.

Vagabundo en París y Londres es la primera novela que Orwell



publicó, como hemos indicado, y contiene ciertos elementos que no dejarán de estar presentes en otros relatos como *El camino de Wigan Pier* (1935). En ella desarrolla su concepción del “sentido moral innato”, el cual consiste para él en la *common decency*, a la que podemos comprender también por “honestidad”. El Orwell, que conocemos por sus más célebres obras, *Rebelión en la granja* y *1984*, no tuvo en absoluto un comienzo como escritor prometedor. *Vagabundo en París y Londres* es el resultado de lo que él mismo había decidido experimentar voluntariamente. A diferencia de lo que ocurre con el narrador de la novela, Orwell se “convirtió” en vagabundo sólo ocasionalmente y por voluntad propia. Con ello pretendía conocer plenamente qué es lo que caracteriza a la pobreza y cuál es su lugar dentro de lo que el hombre puede llegar a ser. Orwell relata en *Vagabundo en París y Londres* experiencias que vivió al trasladarse a París y en su vuelta a Londres, unas experiencias que no ocurrieron, tampoco, de modo tan fatídico como podemos leer en la novela. No era necesario, aunque fue hecho deliberadamente, describir lo que pudo sentir en su propia piel, ya que en realidad Orwell trataba de descubrir algo que también desarrollará, como hemos señalado, en *El camino de Wigan Pier*.

En la novela pueden distinguirse dos estilos, dos modos de transmitir lo que con los personajes Orwell intenta que nos figuremos. En la parte correspondiente al “diario de viajes” de París encontramos un estilo más prosaico en el que los matices abundan y donde la imaginación del lector recrea de principio a fin lo relatado. Es en la parte en que el narrador nos sitúa en Londres donde podemos ver al Orwell del que se ocupa Bégout, esbozándonos la significación de la humildad de los pobres y exhibiendo un tono más moralista, que podremos ver también en sus obras más célebres.

Vagabundo en París y Londres no es sino una investigación sociopolítica presentada en forma de relato. En ella podemos comprobar cómo Orwell no identifica a la *common decency* con la dignidad humana, pues aquella reside únicamente en los actos de la gente corriente en que se manifiesta un sentimiento para el cual la sociedad no ha establecido medidas semejantes a la que podemos ver que se han estipulado con la dignidad; por ejemplo, en su articulación en la Declaración de los Derechos Humanos. Las restricciones sociales, políticas y jurídicas son las que impiden que todo individuo exhiba mediante su conducta social la *common decency*. La dignidad es algo que se manifiesta en quienes actúan engrandeciendo particularmente a la humanidad. La *common decency*, por el contrario, procede de aquellos *actos performativos* determinados por el carácter humilde que tienen las personas sencillas, cuyo arquetipo serían, para el novelista inglés, los desahuciados.

La aspiración de Orwell en *Vagabundo en París y Londres* es la de mostrar qué mundo nos espera si en algún momento, siendo presas de la casualidad, de un avatar impredecible, nos vemos impedidos a cumplir con los principios políticos y económicos que rigen en la práctica en las sociedades desarrolladas. Qué nos cabe esperar si llenos de confianza en nuestra posición social nos vemos obligados a abandonarla. Hacia el final de la novela, el escritor británico indica al lector que lo que ha pretendido mostrarle mediante lo que podríamos llamar la “ética y política de los humildes” no es sino lo que la lógica dialectizante de la sociedad puede hacer con cualquier individuo: situarle en el lugar que ella misma trata de hacer invisible. Con la narración de la desventura de quienes sufren humillación política, económica y cultural, Orwell nos muestra que en la vida misma reside lo valioso y que es la sociedad la que debe cambiar. Bégout señala en este sentido que “si buscamos bien, siempre descubrimos en la vida de la gente sencilla virtudes y prácticas que tienen valor en sí mismas y que no debemos transformar ni abandonar” (*Sobre la decencia común*, p. 77).

No podemos dejar de tener en cuenta, a la hora de comprender la



reflexión que contiene el relato de Orwell, el contexto en que fue redactado y lo que estaba por llegar en un tiempo inmediato. El escritor inglés nació en el seno de una familia de clase media-alta, y supo contraponerse a lo que socialmente le había sido dado. Sólo de esta forma pudo llegar a proporcionarnos esclarecidamente el “reverso fatal”, asociado a la organización política moderna, que pudimos ver en la catástrofe de civilización de comienzos del siglo XX. Desquitarse, sin embargo, de la existencia política en la que él mismo se había visto envuelto conllevaba adentrarse en la experiencia de precariedad y en lo que ésta podía proporcionar a la moralidad, adentrarse en la vida ordinaria que, como vemos en la recreación que Orwell realiza de su vida en Londres en la novela, en cuanto ordinaria, origina una forma de justicia, decencia, humildad y bondad propia, proporcionada mediante el umbral de la pobreza. Orwell otorgó un valor incondicional a lo que tanto literaria como filosóficamente se había tenido por banal, a aquello sobre lo cual todo esfuerzo de comprensión había sido calificado como insustancial. Nos enseñó así que la experiencia de pobreza proporciona el trasfondo definitivo para pensar la experiencia humana.

Víctor Páramo